

No basta dar buenos consejos: hay que formar la consciencia¹

Ivo Seghedoni²

Formarse sin aprender a vivir

«Formación» es un término polisémico, una noción que no tiene un significado unívoco en nuestra tradición cultural y pedagógica. Hoy en día, si por un lado el término se considera casi como una palabra mágica a todos los niveles, por otro lado - precisamente por causa de su indeterminación de significado - su uso genera confusión y muchas veces no hay constancia en las intervenciones pedagógicas³.

El objetivo de este artículo es preguntarse qué significa «hacer formación». La pregunta es seria y urgente porque aún cuando se sale de las formas menos elaboradas y más indeterminadas (que entiende la formación como una acción cualquiera que refiera al aprender o al educar) usualmente con el término formación se pretende indicar una actividad intencional y una estructura que pretende inducir un cambio en el obrar del sujeto.

En esta idea reducida de formación, el proceso que se da funciona más o menos así: el sujeto se somete a un aprendizaje intelectual (gracias a diferentes métodos de estimulación) después del cual se espera un cambio en el obrar. Se supone que el nuevo saber adquirido por el sujeto, significará una nueva forma de obrar por dicho sujeto, y por ende, nuevos resultados. Este modelo de formación

¹ SEGHEDONI, Ivo, «Dare buoni consigli non basta: formare la coscienza» en *Tredimensioni* 4 (2007) 144-152. Traducción: Miguel Ángel Hernández Ocampo para el Curso de *Psicología Evolutiva*, Facultad de Teología «Monseñor Mariano Soler», Montevideo (2012).

² Director del Centro de Pastoral Juvenil, Diócesis de Modena (Italia).

³ CENCINI, A. «Formazione: parola magica» en *Tridimensioni* 1(2004), pp 277-295.

puede también funcionar si las habilidades que hay que adquirir son de tipo cognitivo (quizá para ser capaz a su vez de transmitir una enseñanza) o son de tipo operativo (para modificar un proceso de funcionamiento práctico-técnico). Pero muestra una profunda ineficacia cuando el aprendizaje intelectual tendrá que incidir sobre la manera de sentir y de obrar cotidianamente de las personas para conducirlos a un cambio. Muchas veces las personas demuestran haber entendido pero no haber cambiado: a la cantidad de nociones intelectualmente aprendidas no le sigue una serie de comportamientos coherentes. Al contrario, el mayor aprendizaje de informaciones, valores, significados... amplía la fractura entre el ideal (conocido y proclamado) y la vivencia real (la práctica de vida cotidiana). Comúnmente se lo puede ver en los grupos juveniles que están implicados en caminos serios de formación y más aún, en aquellos que recurren a caminos especializados, en institutos religiosos o seminarios: a una estimulación, a veces excesiva, de contenidos intelectuales no le sigue un cambio significativo de comportamientos. Es como si no obstante tanta «formación» recibida nunca se aprendiese a vivir.

¿Se trata solamente de mala voluntad?⁴.

Tener la consciencia limpia

No es difícil tratar con personas que piensan tener una consciencia limpia. En la consciencia de «no haber robado nunca o no haber matado a nadie», muchos confiesan en forma cándida no tener nada por lo que ser reprendidos. En un famoso chiste, un hombre afirma tener la consciencia perfectamente limpia: «¡en efecto – dice - nunca la utilice!».

La consciencia, por su misma naturaleza, no puede no estar «sucio», como el motor de un automóvil está necesariamente sucio. Cada hombre y cada mujer que vive, no se puede eximir de usar – bien o mal – su propia consciencia, y por ende, de ensuciarla por usarla.

Hablar del uso de la consciencia y del hecho que se ensucia, no significa hacer referencia en forma inmediata a la moral o a un código sobre el cual evaluar si las propias decisiones y acciones son correctas o no.

⁴ Para responder a la pregunta me baso en el estudio de TRIANI, P.P., *Il dinamismo della coscienza e la formazione. Il contributo di Bernard Lonergan ad una "filosofia" della formazione*. Vita e Pensiero, Milano 1998 (tesis de doctorado, investigación en pedagogía).

Entendemos el término consciencia según la acepción de B. Lonergan que la concibe como: *la actividad del sujeto en el cual éste está presente a sí mismo como sujeto de operaciones conscientes*. Se trata de una noción trascendental que identifica una estructura operativa presente en cada hombre y que preside su actividad intencional y consciente. Es trascendental (y no «trascendente») porque se trata de una estructura universal, presente en todos, condición de posibilidad por la actividad consciente y deliberada de la persona.

Entonces, nadie puede tener una «consciencia limpia», porque necesariamente todos usamos esa estructura que opera en nosotros - siempre siguiendo al autor anteriormente citado - según un dinamismo que prevé seis niveles diferentes⁵ y cuatro operaciones fundamentales. Ese dinamismo “de la consciencia”, compuesto por experiencia, inteligencia, juicio y decisión, mueve al sujeto y le revela diferentes tipos de presencia sí mismo.

Formar significa incidir sobre ese dinamismo “de la consciencia” para hacer que las personas cada vez sean más capaces de prestar atención, entender, juzgar, elegir sus propias operaciones de consciencia, y así llegar a ser capaces de vivir al propio tiempo. La atención hay que ponerla en el ámbito de la interioridad, es decir en aquel lugar en el cual el sujeto elabora el significado, auto-apropiándose no sólo del conjunto de intelecciones o de operaciones de la consciencia, sino de todo el conjunto de las operaciones de la propia estructura trascendental, de su propia historicidad y diferenciación. Entonces, la acción formativa tiene el rol no sólo de ayudar a la persona a conocerse a sí misma sino también de auto-apropiarse.

En otras palabras, se habla de ayudar a la persona (por ejemplo, a un joven en formación) a volverse más consciente de cuál sea el horizonte a partir del cual él se interpreta a sí mismo y a su comportamiento. ¿Cómo ve su propia vida frente a la realidad que lo rodea y de los significados que están en juego? ¿Con cuáles criterios de acción afronta la realidad para afirmar su propia identidad? ¿Cómo permanece fiel a su recorrido personal y a los propios valores, y cómo juega su propia libertad en términos de originalidad, rechazando la homologación o la transgresión por comodidad?

Ejemplo. ¿Qué se puede hacer si un joven usa sustancias en una discoteca?

⁵ Para una presentación de estos niveles cfr.: TRIANI, P.P., «La struttura dinamica della formazione», en *Tredimensioni* 2 (2005), pp 236-248.

Concepto de formación	Aplicación de la norma	Habilitación de la consciencia
Objetivo	Remover el comportamiento desviado	Enseñar a captar el sentido del comportamiento
Método	Informar sobre los daños físicos y psíquicos debidos al uso de sustancias	«¿Encuentras verdaderamente lo que buscas?»
Contexto relacional	Enseñar la propia desilusión: «No me esperaba que tú...»	«Te conozco y sé que puedes ser mejor de aquello que has hecho»

De ahí que cambia totalmente el concepto de formación: *la formación es el proceso por el cual el sujeto desarrolla su propia consciencia haciéndola progresivamente más idónea para apropiarse de los significados y para responder a la realidad.* La consciencia, entonces, está «limpia» cuando, fiel al propio dinamismo, se desarrolla y llega a ser capaz de autenticidad, la cual «no es una calidad pura, una libertad serena de todas las confusiones, todos los pecados. Consiste sobre todo en salir de la in-autenticidad, y este salir de la in-autenticidad nunca es una conquista de una vez para siempre»⁶.

La persona humana tiende hacia la autenticidad que se realiza en la auto trascendencia, pero como también está marcada por una tendencia a encerrarse en forma egoísta, Lonergan piensa que en la vida "de la consciencia" del sujeto, la dirección del desarrollo hacia la autenticidad se juega alrededor de tres conversiones:

- *Conversión intelectual* que es «un aclaración radical, y – por consecuencia - la eliminación de un mito extraordinariamente obstinado y desviado respecto a la realidad, la objetividad y la consciencia humana. El mito es el siguiente: el conocer es similar al mirar, la objetividad consiste en ver aquello que hay que ver ahí y en no ver lo que no hay ahí; lo real es aquello que está, allí y ahora, y es lo que se tiene que mirar. Este mito no distingue entre el mundo de la inmediatez y el mundo mediado por significado»⁷.

⁶ LONERGAN, B., *Il Metodo in Teologia*, Citta' Nuova, Roma 2001, p. 283.

⁷ *Ibid*; p. 268

- *Conversión moral*, que «cambia el criterio de sus propias decisiones: desde las satisfacciones a los valores; (...) optar por lo que verdaderamente es un bien, por ende también por el valor y no por la satisfacción, cuando valor y satisfacción están en conflicto»⁸.
- *Conversión religiosa*, que «consiste en ser poseído por lo que nos toca en modo absoluto. Es enamorarse en manera ultra-mundana. Es entregarse totalmente y sin condiciones, restricciones o reservas»⁹.

Lonergan afirma que no hay que pensar que primero sucede la conversión intelectual, luego aquella moral y posteriormente la religiosa; al contrario, desde el punto de vista cristiano hay un primado del don de Dios y de la conversión religiosa que tiene el poder de favorecer las otras.

Así como las tres conversiones conducen hacia la autenticidad, el posible fracaso conduce a la in-autenticidad. Entonces, el desarrollo o el progreso está orientado hacia la autenticidad y se cumple a través de la observancia de los preceptos trascendentales: está atento (experiencia), sé inteligente (inteligencia), sé razonable (juicio), sé responsable (decisión) y finalmente, sé amante. Por el contrario, el declive se funda en el no cuidar estos preceptos trascendentales, es decir en el descuidar el funcionamiento de la propia consciencia.

Las características de la formación

La consciencia humana está marcada intrínsecamente por la formación. Es decir, el sujeto por su propia naturaleza tiende a llegar a ser sí mismo, a humanizarse, aún sin objetos o rol formativo. *El sujeto de la formación es la consciencia misma*. Pero, ¿de qué manera ésta se forma?

Para entenderlo son necesarios cuatro pasos que aclaran la relación entre vida "de la consciencia" y significado:

- primero hay un empuje estructurado a priori, que se concreta y se auto-estructura, que permite al sujeto entender, juzgar, elegir, creer, obrar, amar. La formación del sujeto inicia en esa forma trascendental que representa el dinamismo de base, pero que se cumple mediante la organización de preguntas y respuestas por categorías;
- el flujo de la consciencia no es automáticamente formativo en sí mismo. Llega a serlo gracias a la selección que el sujeto hace de los estímulos y de la re-organización de su horizonte interpretativo de la realidad;

⁸ Ibid; p. 270

⁹ Ibid; p. 271

- hay algunos factores que determinan dicha organización: entre ellos, sobre todo el cambio de preocupación que encuentra un nuevo horizonte y un nuevo modo que interroga la organización precedente;
- finalmente esa re-organización general del propio mundo es un cambio en el forma de elaborar el significado que lleva al sujeto a dar significado de una manera diferente, no sólo a la realidad sino también a sí mismo.

Entonces, la formación se cumple cuando se da una *re-significación constitutiva* del propio mundo: «La re-significación de sí puede ser experimentada, entendida, juzgada, elegida, comunicada. Si solamente se “experimenta” la re-significación, el sujeto vive una formación que podríamos llamar pasiva donde el ser formado predomina sobre el formarse. Este formarse surge cuando se presenta el acto de significado constitutivo, es decir cuando un sujeto empieza a elegir valores y a tomar decisiones. Pero este formarse crece cuando ese elegir está acompañado por un saber comprender y juzgar la realidad y las propias elecciones. Y se realiza plenamente (pero nunca en modo definitivo) cuando el sujeto elige en forma consciente sobre sí sabiendo que a través de aquella decisión resignificará su propia vida»¹⁰.

De ahí que «hacer formación» significa *promover que se asuma una forma*, es decir, obrar sabiendo que la consciencia es moldeable y necesita formación. Con respecto a esto el pensamiento de Lonergan es claro: formar no significa transmitir informaciones sino hacer experiencia del significado por medio del nivel empírico, luego intelectual, luego racional, después responsable. El re-significarse del sujeto se cumple mediante los símbolos, gracias a los cuales el hombre objetiva, revela, comunica y se apropia de los significados elementales que le permite reconstituir su mundo y sus preguntas. Obrar para que la consciencia tome forma significa pues, favorecer un encuentro: aquel entre los significados que la persona está realizando en aquello que hace (en modo más o menos consciente) y la fuerza de tales significados, capaz de estimular un crecimiento de madurez.

«Formación» es el conjunto de procesos y eventos que implican en el sujeto la generación y la transformación de una determinada forma de la consciencia. Es el hacerse del hombre, considerado desde el punto de vista del mismo sujeto.

«Acción formativa» es, por el contrario, el conjunto de acciones concretadas por “otro” sujeto, que contribuyen al desarrollo de una determinada forma.

¹⁰ TRIANI, P. P. *Il dinamismo ...*, cit., p.244

La reflexión que se propone aquí y mediada por el pensamiento de Lonergan, implica no pocas consecuencias de tipo operativo. Si la consciencia tiende a actuar y a desarrollarse según un propio dinamismo de la consciencia, ¿cómo podemos nosotros, educadores habilitarla para un desarrollo siempre más correcto? ¿Qué significa conducir una acción formativa? ¿Cómo salir de la ilusión de una formación que se limita a transmitir ideas y a apelar a la voluntad?

Para contestar a esa pregunta quisiera considerar tres dimensiones de la acción formativa que no se pueden evitar si se quiere superar la visión reductiva recordada anteriormente. Estas acciones refieren al objetivo, al método y al contexto de la formación.

Repensar el objetivo de la práctica formativa

El objetivo de la acción formativa según cuanto hemos escrito anteriormente, es una manera de habilitar la consciencia para un correcto funcionamiento, es decir, ayudarla a adquirir una forma. La consciencia del sujeto es capaz de aprender: necesita ser invitada, desafiada para que las operaciones que pone en marcha se elaboren cada vez más correctamente. *Entonces, el objetivo de la formación no está principalmente en los contenidos sino fundamentalmente en el proceso.* No consiste en «llenar» la consciencia del sujeto de ideas, valores, sino sobre todo en verificar «cómo» funciona la consciencia, según cuál procedimiento. La consciencia está limpia no porque tenga buenas ideas, sino porque activa un procedimiento virtuoso.

En términos educativos prácticos todo esto tiene una aplicación directa: ¿qué hacemos, por ejemplo, con un joven que vive una experiencia sexual desordenada o cuando en la discoteca consume drogas?, o ¿se inscribe en una universidad pero vive de un modo desordenado sin dar los exámenes? ¿Por qué el joven decide comportarse así? Frente a las preguntas que nos inquietan, ¿buscamos un dato objetivo del valor o tratamos de entender qué se ha bloqueado en el procedimiento de experiencia, entendimiento, juicio y decisión (es decir, en las operaciones de su consciencia)? ¿Qué pasa que no funciona? No entendió los valores enseñados en el catecismo o no lee bien su experiencia (“¿qué es lo que vivo?”), no sabe entender su significado (“¿es verdaderamente este el sentido de lo que vivo?”) o no es capaz de juzgar (“¿qué tengo que hacer ante esta experiencia?”). Por ende, el educador tiene que tener un objetivo: o actúa sobre el deber ser (y se limita a recordar el valor, justificándose a sí mismo de haber dicho lo que está bien y así haber advertido al pecador), u obra sobre el procedimiento y se da un objetivo mucho más significativo, pero también menos inmediato. En el segundo caso, no se deja asustar por los contenidos inquietantes pero sí se pregunta cómo restaurar el funcionamiento incorrecto de la consciencia y de su dinamismo; está al servicio de la persona y no sólo de «entrar en el molde». Sobre todo porque quien «entra en el molde» sin haber entendido dónde está el error que lo hizo desviarse del camino, muy fácilmente se

descarrilará nuevamente. En otras palabras, al educador no le interesa solamente la adhesión del sujeto a lo que él dice (la vuelta a la ortodoxia y así a la ortopraxis), sino que le interesa suscitar en la persona una adhesión convencida a hacer aquello que hace: ayudarla a disponer de sí para donarse. El educador no tiene interés por suscitar obediencia, sino que desea suscitar una autenticidad que hace vivir y que lleva a donarse.

Un nuevo método

Así, el Método de la acción formativa será algo mucho más complejo que el simple pasaje de la inteligencia a la voluntad, según el método de la «aplicación a la vida» de lo proclamado desde lo alto y comprendido por el cerebro. El método de la acción formativa consiste principalmente en el *punte que se pone entre el mundo del sujeto y el mundo de los significados*. El educador es un ingeniero que tiene la capacidad de crear un encuentro entre el yo de la persona (su mundo y su experiencia) y los significados implicados en la experiencia (el mundo de los valores contenidos en los desafíos que la vida presenta). Es más, como ingeniero, el educador realiza también el «control de calidad» y verifica la corrección del encuentro entre esos dos mundos.

En la práctica, antes de escandalizarse o de corregir el camino, el educador se pone a escuchar para ayudar al sujeto a explicitar la propia lógica de vida, para que el mismo sujeto pueda verificar su funcionalidad y conveniencia. Aquí, invocar las prescripciones morales está todavía en la nebulosa: no es tiempo de apelar al valor o a la norma. Antes que nada se necesita sobre todo mostrar que el mal funcionamiento es existencial.

La explicitación de la lógica de vida ayuda a la persona a darse cuenta sí y cuánto sea libre al vivir así: se invita al sujeto, por así decirlo, a expresar su juicio. ¿Elegí verdaderamente de este modo sin condicionamientos interiores o exteriores? ¿En verdad me gusta hacer así, o tuve muchas presiones? ¿Mi forma de hacer las cosas es auténtica o me falta libertad?

De ahí que - según ese método que quiere restaurar el proceso y no sólo resolver el problema - se necesita que el educador pase de los contenidos (de los comportamientos correctos) al horizonte de vida en el cual éstos se inspiran, y realice preguntas sobre ello en términos de libertad (“¿lo elegiste verdaderamente?”) y de conveniencia (“¿es una buena inversión para tu bienestar?”).

Sólo en un segundo momento se le pide al educador que transmita una palabra que funcione, que hable seriamente, porque el educador no tiene un credo que imponer o que hacer respetar, sino un Evangelio que anunciar y que pide ser reconocido como relevante, aquí y ahora.

Un contexto diferente

Un último elemento que se tiene que considerar en el *contexto relacional* de la acción formativa. Un objetivo que se proponga restaurar un proceso interior y no sólo obtener un resultado comportamental, y un método que quiera comparar la propia lógica de vida con un nuevo mundo de significados, exigiendo un empeño tanto del formador como del sujeto en formación.

La acción formativa es también una *experiencia de una inversión afectiva significativa*. En los roles que permanecen precisos (educador-educando; padre-hijo; profesor-alumno) ese itinerario de re-significación de la consciencia personal y de re-estructuración de los procesos dinámicos puede darse solamente en una experiencia de intersubjetividad¹¹: en una experiencia donde el afecto se experimenta de modo correcto y como plataforma que ofrece la posibilidad de ponerse de pie nuevamente con seguridad para poder ver al mundo desde otro punto de vista. Es en la autenticidad de una relación afectivamente significativa que se puede correr el riesgo de dejar de lado un sistema comprensivo y decisional que se ha usado hasta ahora, y aceptar de re-estructurar la propia casa interior. Sin un nuevo lugar donde vivir nadie deja la vieja casa por cuan insatisfactorio resulte vivir en ella.

No se trata de un proceso manipulador donde la relación afectiva es utilizada de modo chantajista (¡si me quieres, tenés que cambiar!) sino más bien de aquella dimensión necesaria de confianza que es indispensable para todo tipo de conversión. El contexto objetivo significativo, sugiere que ese nuevo proceder, que da miedo porque conduce por caminos desconocidos y más peligrosos, puede ser experimentado con confianza, porque el bien invita a creer. Es el proceso de la fe, por el cual primero se confía y después se verifica la verdad y la bondad del camino que se ha tomado. Por ende, el educador mientras ayuda a la persona a “cambiar de casa” ofrece gratuitamente la casa donde vive, para que el otro pueda llevar a término la mudanza sin sentirse abandonado. Así la consciencia tiene el tiempo y el espacio para re-significarse, para aprender un nuevo funcionamiento gracias al cual los nuevos desafíos ya no serán más fuente de extravío sino ocasión para experimentar nuevamente un proceso que ha sido re-habilitado.

¹¹ MANENTI, A., «Intersoggettività», en *Tredimensioni*, 3 (2006), pp. 277- 287.

Concepto de formación	Aplicación de la norma	Habilitación de la consciencia
Objetivo	Reconducir a la observancia de la norma	Ayudar a captar la pregunta implícita
Método	«Te explico cómo están las cosas»	Evaluación de la calidad de los deseos
Contexto relacional	«Dios te mira...»	«Yo lucho a tu lado, no estás solo...»